

lizados que todo el mundo puede apropiárselos, incluidos los que están en formación, y que se presentan como adagios: «hay que partir de lo concreto», «las realidades geográficas son complejas», «lo geográfico está en las relaciones», etc., un instrumental típico y variado que va de los mapas al martillo, del alfiler a las botas, etc. Falta para terminar las «generalizaciones simbólicas», pero, según Orain, se pueden remplazar por los grandes repertorios de formas o por los conceptos geográficos mayores: medio, región, paisaje, género de vida (p. 104).

El autor advierte, con razón, que el paradigma no agota ni mucho menos lo que se puede decir de esta manera de hacer ciencia geográfica que imperó durante más de medio siglo. Pero que de alguna forma la geografía se habría medido obsesivamente con esos parámetros, arrojando al ostracismo por ejemplo a un Vallaux, que prestó atención a las representaciones simbólicas que se avenían mal con el realismo geográfico.

Como no podía ser de otra forma, el esquema del paradigma se compadece mal con las conmociones del último tercio del siglo, que no sólo son epistemológicas, como hemos visto. Ya se ha señalado cómo la inspiración marxista y la militancia comunista de algunos geógrafos posteriores a la guerra, por ejemplo Pierre George, apenas lograron algo más que sustituir el concepto del «hombre habitante» por el de «hombre productor», o el de «género de vida» por el de «sistema productivo» o «modo de producción». Vendrían, después, el marxismo en su versión althusseriana, de rápida disipación, la geografía militante, el constructivismo, la fenomenología, la hermenéutica y la narratividad ricoeurianas... Como resultado, una situación de pluralidad en la que el legado clásico sigue teniendo presencia, y convive con el análisis espacial y el posmodernismo, aunque, como advierte Orain, la palabra no gusta en Francia.

La última parte del libro está consagrada a las contribuciones de la geografía francesa, subrayando sus dos líneas de continuidad: el estudio preferente del territorio francés y de sus formas de organización, y la ambición de ofrecer una comprensión general del mundo, que se ha plasmado en la elaboración de la serie de geografías universales, que desde la de RECLUS de 1876-1894 habría conducido a la de Vidal-Gallois, que se fue publicando entre 1927 y 1948 y la empresa finisecular de la geografía universal RECLUS (1989-1996).

Resulta interesante el repaso que se hace a la participación de esos profesores de geografía, supuestamente encerrados en su torre de marfil universitaria, en los debates sobre la organización territorial de Francia. Si ya hay que hablar de la propia visión dinámica de Vidal sobre la

división regional de Francia y de la participación de los geógrafos como expertos durante la Gran Guerra, con más motivo habrá que hacerlo de su participación en las recomposiciones territoriales propuestas por el régimen de Vichy y aún más de las transformaciones de las sucesivas y limitadas descentralizaciones, y de los ensayos de reequilibrio del armazón urbano o de la red urbana, términos todos ellos del acervo geográfico. Baste pensar en la tan conocida obra de Jean-François Gravier *Paris et le désert français*, que llevaba como subtítulo *Descentralización, equipamiento y población*. Y, sobre todo, ténganse presente las distintas reflexiones sobre la construcción europea y el sistema europeo de ciudades auspiciadas desde la DATAR (Delegación para la Ordenación del Territorio y la Acción Regional); por ejemplo, la llevada a cabo por el equipo de Dense Pumain, o la emprendida por Brunet, que popularizó el lenguaje de arcos y redes y la famosa representación coremática de la estructura de Europa occidental, publicada en *Mappemonde* en 1997. A lo que hay que añadir, con todos los honores, las investigaciones llevadas a cabo por geógrafos en el marco de los Piren (Programas Interdisciplinarios de Investigación sobre el Medio Ambiente). O los posteriores de ámbito europeo sobre paisaje y políticas públicas o paisaje y sostenibilidad, a cuyo respecto la mención de Georges Bertrand es obligada.

De manera que este excelente libro sobre la gran época francesa de la geografía de los profesores concluye con la propuesta de cambiar la mirada y dirigirla hacia la participación de éstos como expertos, como consultores o simples ciudadanos, capaces de responder con rapidez y competencia a solicitudes externas. También a este respecto la geografía española resiste sobradamente la comparación, aunque está todavía por hacer el repertorio de trabajos, tiempos y modos. No está de más que el libro termine con la exposición de esta otra faceta, aunque hecha de forma mucho más liviana que la muy sutil aclaración de las formas que revistió el oficio de geógrafo universitario.— Josefina GÓMEZ MENDOZA

### *Una mirada ilustrada sobre las ciudades de la España romántica\**

Con el apoyo de la Consejería de Medio Ambiente, Ordenación del Territorio e Infraestructuras del Gobierno

\* Francisco Quirós Linares: *Las ciudades españolas a mediados del siglo XIX*. Gijón: Trea (colección Piedras Angulares), 2009, 430 pp. (incluidas 89 ilustraciones y 53 láminas) y un DVD de 2,34 GB (que incluye 23 planos de Francisco Coello y 20 vistas de Alfred Guesdon).

del Principado de Asturias y el mucho interés del profesor Guillermo Morales, la editorial Trea ha tenido y consumado la feliz idea de reeditar el monumental trabajo de Francisco Quirós acerca de las ciudades españolas a mediados del siglo XIX, ya sólo encontrable (y ello muy raramente) en el mercado de libro usado. Se presenta, y así lo señala el autor al comienzo, como precisamente eso: una reedición sin cambios. Pero conviene advertir que no estamos ante una reimpression (el cambio de formato, hacia uno en cuarto, y la ubicación de las notas a pie de página hacen su lectura mucho más asequible y menos esforzada que en la primera) ni, en rigor, de una simple reedición, pues esta incluye algún cambio menor de estructura, una mejora de las ilustraciones y, sobre todo, la totalidad de los planos de ciudades de Coello, presentados ahora en soporte magnético y con alta resolución, lo que nos descubre, lejos ya del engorro de la lupa, un nuevo, luminoso e inagotable «continente Coello» (así como, por cierto, la pericia y primor de sus grabadores). Con todo, ¿está justificado volver aquí a una obra editada en 1991? Sí, si de lo que se trata es de una «piedra angular» de la geografía histórica española (y precisamente tal es la denominación de la colección en la que reaparece), una obra que, como es el caso, apoya sobre otras al tiempo que sirve de fundamento a muchas más; sí, si permite una relectura con nuevos ojos, a la luz de su contenido expreso y, a la vez, de su recorrido en estos casi veinte años (pues, como Goya dijera en el marco de los debates de su tiempo acerca de la restauración de pinturas, el tiempo también trabaja).

Empecemos por lo segundo, por la pátina. Nada inefamante se descubre al confesar que somos muchos los geógrafos españoles y extranjeros que, sea desde la geografía histórica o sea de la geografía urbana *tout court*, hemos venido recurriendo sin pudor a esta obra, unas veces para nuestras pesquisas y otras para, apoyándonos en la línea argumental que subyace a su estructura, organizar nuestras exposiciones docentes. Pero es que, a lo largo de estos años, los lectores del trabajo sobre las ciudades españolas a mediados del siglo XIX han venido siendo muchos más, procedentes de campos de conocimiento como la historia del arte, la de la arquitectura, la urbana, la social, la museología y tantos otros. Todos ellos han venido sumergiéndose reiteradamente en la información y el análisis que contiene una de esas obras de investigación fundamental y, al tiempo, de síntesis que tan raras resultan ser en la geografía española. Por lo demás, la precisión, pulcritud y elegancia del castellano de Quirós han venido permitiendo el acceso de muchos lectores no académicos a su obra.

Pero vayamos ya con el contenido mismo de la cosa. Al respecto, el autor, para quien no es precisamente inusual la modestia (es decir, una manifestación de la prudencia científica), lo señala con toda claridad: «[...] ofrecer al lector el resultado del análisis de la información sobre las ciudades españolas» contenida en el más célebre que usado *Diccionario* de Pascual Madoz y en el no menos conocido *Atlas* de Francisco Coello. Nada más. Y, sin embargo, ante los asombrados ojos del lector demorado (y, sobre todo, de aquel que vuelve ahora a la obra), esa autoimpuesta limitación, sólo atemperada por algunas referencias muy selectas a otras fuentes documentales de época o a muy pocos estudios posteriores, lo que va desplegándose es toda una geografía de las ciudades españolas en las muy decisivas décadas de los años treinta y cuarenta del siglo XIX, aquellas en las que se echan las bases y se definen las pautas de lo que, tomando en préstamo la sociológica formulación de Norbert Elias, bien podríamos llamar «la gran transformación» urbana, la muda general de la sociedad española hasta finales del siglo (y, en muchos casos, hasta la segunda mitad del siguiente). Esa condición de charnela entre lo viejo y lo nuevo es precisamente lo que otorga a esas dos décadas un dinamismo extraordinariamente peculiar. En la realidad o en el huevo, todo (o casi todo) empieza allí y entonces.

De ahí el acierto en la elección del pie forzado. Porque el *Diccionario* y el *Atlas* constituyen un estado de las cosas y, a la vez, una voluntad de transformarlas en un sentido determinado, en el de «la movilización general» de poblaciones y riquezas que opera la emergente sociedad burguesa española, para emplear la feliz formulación de Jean-Paul de Gaudemar. De ahí que Quirós no dude en afirmar su condición de operaciones «políticas, incluso en el caso, poco probable, de que los autores no las hubiesen percibido como tales». Poco probable, ciertamente, en el caso de Coello, cuyos mapas provinciales, apoyados por los gobiernos de la época y fundamentados en técnicas modernas y en el recurso a los de Felip Bauzá y del francés Dépôt de la Guerre (objeto, por cierto, de una reciente y específica aproximación por Quirós, Juan Carlos Castañón y Jean-Yves Puyo, en el marco de una exposición en el Museo de Historia de Madrid), hubieron de imprimir un empujón casi fundacional a la ulterior cartografía temática (especialmente a la geológica y minera), pieza crucial de aquella movilización. Y menos probable aún es que a un conspicuo político progresista y no menos notable empresario como Madoz (del que disponemos ya de la biografía de Paredes Alonso) se le escapase el alcance performativo de su *Diccionario*.

A partir de esos materiales, de riqueza literalmente inacabable (como lo demuestra un artículo en este mismo número, pero también algún ensayo cartográfico previo del propio autor), Quirós aborda en realidad, no el proceso de urbanización; no las relaciones ciudad-campo (en vías, por entonces, de una reestructuración de calado); no la red urbana española de la época (aunque no faltan en la obra guiños a todo ello), sino los espacios urbanos en sentido propio, las ciudades. El autor no soslaya al respecto las dificultades de lo que por tal cosa debería entenderse; pero no parece hacer cuestión de ello, y quizá hace bien al no hacerlo si atendemos a que probablemente la cuestión, muy debatida en tiempos, lo sea más de índole política y normativa (o, si se quiere, un punto formal o escolástica) que estrictamente científica. Así, utilizará una batería de criterios que, coherentes con las dos fuentes mencionadas, van desde los de tamaño poblacional hasta los funcionales, pasando por los procesuales, especialmente relevantes, por lo ya señalado, en una época de mudanza como la que se trata, en la que, a resultas de los nuevos patrones de localización industrial, de los efectos de la reforma provincial y de la rearticulación territorial desplegada por los sistemas de transporte, algunos núcleos inequívocamente urbanos dejaban de serlo, al tiempo que otros, indudablemente rurales con anterioridad, estaban pasando a convertirse en ciudades, y a ser percibidos como tales.

Y este último asunto, el de la atención aguda al cambio, parece tener mucho que ver con el carácter ya mentado de piedra angular que tiene la obra. Porque si es cierto que la expresión evoca su condición de pieza clave, no lo es menos que designa en rigor a las piedras esquinales, las que juntan, cosen y sostienen dos paredes de carga: la geografía y la historia, objeto ambas de la atención y el cultivo reiterados de Quirós. Es así como este trabajo resulta de interés para los geógrafos, claro; pero también para los historiadores, y especialmente para los historiadores sociales (y más aún para los cultivadores de la a veces añorada historia económica y social, a la que el autor pertenece por generación y por formación). A unos y a otros les llamará poderosamente la atención el fino y sostenido análisis de las transformaciones urbanas como parte de una compleja estrategia burguesa de identificación de nuevos campos de inversión (lo que Ángel Bahamonde y otros llamarían «el horizonte económico de la burguesía»), de control social de los dolores de la agonía de lo viejo y del parto de lo nuevo, de escenificación y representación de la dominancia social y de su imaginario de clase, de plasmación espacial de los *desiderata* burgueses y de las

nuevas constricciones políticas y, en fin, de regulación del proceso de cambio desde instancias municipales y provinciales (no hay sino que recordar, por ejemplo, que la revolución de comienzos de septiembre de 1840, la misma que llevará a la Reina Madre al exilio e inaugurará la regencia progresista de Espartero, fue motivada por el intento reaccionario de anular la entonces vigente ley municipal, que se revelaba así como crucial en la relación política de fuerzas). *Las ciudades españolas a mediados del siglo XIX* es también, pues, una historia social de la generación isabelina, de aquellos banqueros especuladores, de aquellos emprendedores, de aquellos compradores de bienes eclesiásticos, de aquellos comerciantes y de aquellos nuevos caseros a los que no parece quedarnos más remedio que reconocer como «nuestros románticos».

La armadura argumental del cuerpo del libro es consecuente con esa doble mirada geográfica e histórica, geográfico-histórica (la misma, por cierto, que nuestras próximas generaciones de estudiantes, si nadie lo remedia, dejarán de aprender muy en breve). No parece casual que se inicie con un capítulo titulado expresamente «Las transformaciones económicas», que se entiende como marco de entendimiento de todo lo que ha de seguir. Apoyado en la información aportada por Madoz y Coello y en referencias bibliográficas muy elegidas en asuntos de historia económica (principalmente a los de Jordi Nadal y Jordi Maluquer, por lo que se refiere a los inicios de la industrialización, y al de Santos Madrazo, en lo que hace a la historia de los transportes), el capítulo aborda aquellos registros que en mayor medida o más directamente parecen haber contribuido al cambio urbano. Así, la incidencia de los avances en los transportes camineros (y, por los años, en menor medida, de los ferroviarios) en el arranque del crucial proceso de formación de un mercado nacional y, en consecuencia, del no menos significativo de especialización regional y urbana; o las transformaciones en el comercio ciudadano (con la acusada tendencia hacia la sedentarización de los puntos de venta, en detrimento de la «tienda» ambulante, sin excluir la efímera moda de los pasajes) y en la industria (con un repaso por las ramas de mayor significación urbana, fuese la textil —quizá la más tempranamente afectada por los procesos de especialización espacial—, la metalurgia, la molinería u otras de emergente demanda urbana, como el papel, las artes gráficas, la loza a la inglesa o el vidrio). Con todo, el capítulo incluye otras rigurosas pesquisas que, como el achicamiento del poder económico de la Iglesia a resultas de las desamortizaciones o, sobre todo, los efectos de la di-

visión provincial de 1833 (y de la nueva planta judicial) en materia de reordenación de las viejas jerarquías urbanas, tienen un difícil encaje en el título, siendo, sin embargo, como son, factores de importancia difícilmente exagerable a la hora de entender la dinámica del cambio urbano del momento.

Por su parte, el siguiente capítulo entra de lleno en materia. Y lo hace a propósito de un campo de problemas, el de las infraestructuras urbanas, hasta entonces prácticamente inédito en la bibliografía geográfica española (pero no en la francesa, por ejemplo, gracias a la pionera labor de Roger-Henri Guerrand) e incomprensiblemente relegado al campo de las curiosidades o al de la historia de la ingeniería, pese a tratarse de asuntos de gran trascendencia para la vida urbana y que de cabeza hubieron de traer a los contemporáneos, como bien muestra la prensa de la época. Pavimentación y perfil de las calles, aceras, abastecimiento de aguas blancas y evacuación de las negras y de las inmundicias, lavaderos, mercados cubiertos, alumbrado público, servicios contra incendios (y la novedad de las empresas para ello, varios de cuyos inversores en Madrid eran correligionarios y amigos de Madoz), relojes públicos (evocadores de aquella historia del tiempo de Le Goff o de Edward Thompson, y que expresan bien la profundización de la tendencia secular hacia un tiempo civil y profano, distinto ya del exclusivamente sagrado de un «paisaje sonoro» urbano dominado por las campanadas) y nuevos criterios de rotulación de calles y de numeración de casas (asunto, no se olvide, crucial en la gestión de las *classes dangereuses*) desfilan así ante los ojos del lector, a manera de pequeñas pero sabrosas y sugerentes monografías. La aportación de Quirós es ahí crucial, dotada además de una mirada poliédrica que, en el caso de la excelente sobre el alumbrado, por ejemplo, va desde la organización municipal del servicio a las mejoras técnicas que habrán de significar los reverberos y, más adelante, el gas, con derivas importantes hacia las vías a través de las cuales esos cambios aparentemente menores hubieron de transformar radicalmente las jornadas laborales y el ocio burgués, especialmente el nocturno.

Sobre esas infraestructuras arma luego, en el capítulo titulado «Las transformaciones morfológicas», un conjunto de problemas de análisis comparativamente más habitual en el quehacer de los geógrafos. El de las murallas, en primer lugar, destruidas o mal conservadas ya en la mayor parte de las ciudades españolas, con excepción de las plazas fuertes o de armas; asunto en el que el autor muestra su ya bien acreditado conocimiento de los asuntos militares. Por su parte, el uso de los espacios des-

amortizados muestra al lector, con gran copia de datos, la notable diferenciación entre ciudades (fuese en razón de su desigual dinamismo o del diverso peso anterior de la propiedad eclesiástica), al tiempo que identifica con claridad la abierta panoplia de las reasignaciones, fuese a través del suelo mismo, dando lugar a plazas (especialmente las llamadas «nuevas», de morfología regular) y, en general, a áreas abiertas, o fuese a través de los edificios no derruidos, no pocas veces destinados a alojar viejas y, sobre todo, nuevas funciones públicas y administrativas, sin excluir establecimientos industriales (asunto, este último, en el que queda aún mucho por saber y por pensar, especialmente en relación con las diferentes exigencias espaciales de unas u otras formas de organización del trabajo).

Una buena parte de los espacios desamortizados y derruidos habrá de destinarse también, previo ensanchamiento y alineación de las calles, a nuevas viviendas, especialmente en los centros. Nuevas, sí, en el sentido de construidas con arreglo a tipologías acordes con nuevos materiales y técnicas y, muy sobre todo, con las nuevas pautas de representación de la burguesía urbana (y, habría que añadir, con la difusión de una nueva noción de privacidad, problema clave en una historia de la cotidianidad contemporánea, como supo percibir la saturnal mirada de Walter Benjamin). Por su parte, la vivienda obrera y popular apenas tiene tratamiento aquí, lo que parece deberse más a la naturaleza de las fuentes que a descuido, toda vez que el autor es considerado con razón como uno de los estudiosos pioneros en la materia, con su conocido trabajo de 1982 sobre patios, corralas y ciudadelas.

Todo ello habrá de manifestarse en un crecimiento principalmente en altura (o, como escribiría Larra muy tempranamente, hacia el cielo, como el chocolate al subir), y mucho menor en extensión, limitado en ocasiones al de los arrabales y, si se quiere, al de las quintas suburbanas aristocráticas y altoburguesas (asunto ampliado posteriormente, en 1995, por el mismo Quirós), a veces dotadas de jardines paisajistas a la inglesa (o en España isabelinos), o a muy contados y tempranos ensanches de poblaciones.

Una monografía aparte (y con resuelta voluntad de autonomía) es el capítulo titulado «Los espacios de paseo», también inexplicablemente desertado por los geógrafos en beneficio de la historia del arte, del urbanismo y del jardinismo, o de la historia social del ocio y de la sociabilidad informal (al menos hasta que Josefina Gómez Mendoza ingresase en la Real Academia de la Historia con su discurso de 2003 acerca del «gobierno de

la naturaleza en la ciudad» de Madrid). La mencionada autonomía de la aproximación de Quirós se manifiesta en un asombroso tratamiento de la complejidad semántica del léxico de la época al respecto, pero también en un notable esfuerzo de fijación de la cronología (lo que permite caracterizar inequívocamente al fenómeno como burgués), en el estudio pormenorizado de las pautas de localización y, sobre todo, en el análisis de sus características estructurales (dimensiones, «urbanismo», alumbrado, botánica), de su ornamentación (mobiliario, gestión del agua) y de las prácticas sociales, estacionales y horarias que soportan esos espacios.

No más acostumbrado venía siendo el tratamiento geográfico de otros espacios de ocio y sociabilidad tan característicos de la ciudad romántica y burguesa como las casas de baños (cuyo auge vincula el autor con el incremento de la demanda derivado del coetáneo auge del transporte de viajeros), las fondas y cafés (tan diferentes, estos últimos, de la condición utilitaria y de paso de las viejas botillerías), los frontones y circos, las plazas de toros, los nuevos teatros (con alguna iluminación fulgurante, como la que relaciona su difusión en España con los *Elementos de matemáticas* de Bails) y, ya del lado de la sociabilidad formal (si hemos de utilizar la sólo hasta cierto punto útil distinción de historiadores de la sociabilidad como Maurice Agulhon, Jean-Louis Guereña o Jorge Uría), ese fenómeno tan epocal de los liceos, los círculos y los casinos. De nuevo aquí, la mudez del *Diccionario* de Madoz parece haber impedido al autor dar cuenta de los espacios de sociabilidad de las clases populares y de las mujeres, cuestión, sin embargo, de indudable interés geográfico, y no sólo historiográfico.

Por su parte, los aparatos de encuadramiento son objeto de todo otro capítulo, el titulado «Espacios asistenciales y represivos». Mucho es lo que, en tal campo, hemos venido conociendo desde la primera edición de la obra que se comenta, especialmente gracias a las aportaciones de la historia social, de la sociología histórica de stirpe foucaultiana e incluso de la geografía (a través de los trabajos de, por ejemplo, Pedro Fraile); lo que no hace sino acrecentar la novedad de la lectura de Quirós al respecto. A propósito, por ejemplo, del crucial asunto del reinjerto romántico de la filantropía ilustrada en beneficencia decimonónica, en un nuevo contexto de crecimiento de la población urbana flotante; o a propósito de la viveza descriptiva de la vida de los internos en asilos, casas de misericordia y demás instituciones que podríamos resumir bajo la denominación de las *workhouses* españolas; o a propósito, finalmente, del arribo a España de las nuevas teorías de la penalidad de Beccaria o de

Bentham, y de las nuevas prácticas correccionales, en las que un personaje como Ramón de la Sagra, muy bien conocido por Quirós, habrá de desempeñar un destacado papel.

El cuerpo del libro se cierra con un magistral capítulo acerca de los cementerios, de nuevo con vocación de monografía autónoma, hasta el punto de que había constituido en 1990 el objeto de una lección magistral del autor. Un examen de la legislación al respecto, así como de los primeros espacios de inhumación extramuros desde finales del siglo XVIII, muestra lo temprano del arranque en España de una tendencia que ya Philippe Ariès había detectado con carácter general. Los nuevos cementerios y, sobre todo, su entendimiento como servicio público habrán de enfrentarse, no obstante, a no pocas resistencias culturales y económicas, hasta el punto de que sólo a golpe de epidemia (y muy especialmente la de cólera de 1834) consiguieron imponerse; muy rápidamente, al parecer. Como también muy rápidamente comenzará a verse prendida la ciudad de los muertos en las pautas burguesas de diseño y construcción de la ciudad de los vivos, pero sin las molestias de los espacios heredados. Así, los urbanistas de la época podían materializar allí, sin apenas cortapisas, no sólo las prescripciones de los higienistas, sino también sus propios fantasmas espaciales. El brillante título del capítulo, «El jardín melancólico», resulta por ello doblemente acertado, pues así como el jardinismo, especialmente el de tradición inglesa dieciochesca, expresaba la utopía burguesa de relación con la naturaleza y con la historia, el urbanismo funerario hacía patente en los cementerios su utopía social, ordenada como un jardín a la francesa y segregada con ferocidad encarnizada.

Tantos y tantos asuntos, tratados además con notable pormenor, podrían sugerir que el trabajo de Quirós es un centón. Quien frecuente el *Diccionario* de Madoz con cierta asiduidad sabe además que la uniforme estructura de sus asientos, unida a la inevitable irregularidad de sus autores y corresponsales, favorece una lectura meramente sintomática y, por ello, caleidoscópica, si es que no la dispersión en lo que podría ser un retablo de detalles o una colección de fragmentos heteróclitos. No es el caso aquí, ciertamente. Se precisa de toda la experiencia investigadora, docente, lectora y reflexiva de un Quirós para no perderse en el abigarrado retablo de los 16 volúmenes y 12.000 páginas del Madoz (o en la minucia de los planos de Coello); se necesita de la sabia ponderación del autor para meterse en jardines y salir indemne, para sostener sin falla el equilibrio entre el detalle, el frescor y el regusto de la época, por un lado, y el hilo

del análisis riguroso, por otro. En una suerte de ucronía de sabor bien romántico, el lector cierra el libro con la sensación de haber viajado, sí, a un continente lejano; pero también de haberlo hecho de la mano de un compañero que sabe ver un orden, el de la mercantilización

generalizada, tras el aparente desorden de unas ciudades en mudanza. Como si un hijo de la Ilustración, armado de las teorías de la sospecha del siglo XX, visitase una ciudad romántica.— José SIERRA ÁLVAREZ (Universidad de Cantabria)